

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 92.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.ª, decha.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

Las Cortes de hoy.

Se han abierto las Cortes. Esta noticia, que en otros tiempos hubiera llevado la paz á los espíritus y la alegría á innumerables familias, la leemos hoy como el anuncio de las pastillas para la tos, ó como los informes sobre los viajes por lejanos países de esos personajes extranjeros á quien nadie conoce.

A tal punto ha llegado la indiferencia en cuestiones políticas, que nadie se ocupa de ellas. Son personales, y fuera de los que esperan colocarse, los demás no se preocupan para nada de semejante cosa.

Si al abrirse las Cortes tuvieran los gobernantes que dar cuenta de su gestión, exponiendo lo que habían bajado las contribuciones, las economías en el personal y gastos inútiles, la protección á la industria, el fomento de la cultura nacional y tantas cosas más que constituyen la gestión del buen Gobierno. Si al abrirse las Cortes, los Diputados como representantes de la Nación, exigieran con mano dura cuentas de administración de los intereses morales y materiales del país, entonces la apertura de Cortes tendría importancia capital.

Pero nada más lejos de eso; por pura fórmula se dará razón de algunas disposiciones tomadas por imposición ó por el acuerdo con las oposiciones, se discutirán algunas cuestiones personalísimas sin importancia para el contribuyente.... y nada más.

El día que pidan la palabra los Jefes de las minorías para combatir á un Gobierno que no ha hecho nada de provecho, caerá sin más consecuencia que aumentar unas líneas á la ya larga lista de clases pasivas, el que fué pasivo para el bien desde el día en que nació.

Posible es que á estas horas se esté preparando el panteón del olvido para un Gobierno muerto por sus propios desaciertos. Y que aunque pase vivo el día de los difuntos, al empezar el año económico sea el primer cesante.

A. L. A.

La traducción de un «quid».

Ni una mosca sonaba en el amplio salón donde nos encontramos. No sólo lo exigían así la premura del tiempo y la necesidad de aplicar toda nuestra actividad al mayor lucimiento de los trabajos, la seriedad del acto y la imposición del mayor silencio para hacerlo solemne, sino el semblante austero de los Jueces que, como padres graves, inspeccionaban nuestros movimientos con cara seria y huraña, haciéndonos permanecer absolutamente quietos, completamente callados; y á no ser por el ruido monótono de nuestras plumas, trazando con movimientos nerviosos en el papel la expresión sensible de nuestras insensibles ideas, permanecería la estancia tan muda cual la propia mansión de la muerte.

Preguntas sobre preguntas de la materia señalada; contestaciones y respuestas más ó menos ciertas; opiniones y sentencias; dudas y aclaraciones; exposiciones de escuela y preceptos de la Biblia; Textos de Santos Padres y propias doctrinas; todo según las necesidades de tiempos y circunstancias, iba poco á poco cuando grabado en el papel como pauta de nuestra ciencia cual regla ó medida para formar el juicio del tribunal.

De cuando en cuando, alguno de mis compañeros ó yo mismo, soltaba la pluma y con los ojos fijos en el escrito, buscándole alguna falta que tachar ó dudar para aclararla, procurando no perder tiempo, requería su pafuelo y se limpiaba el sudor que humedecía su frente, ó bien

consumía de un trago hasta la mitad el agua de la copa, previamente solicitada. Fuera de estos movimientos, en los cuales se satisfacían necesidades naturales, casi maquinalmente, lo demás todo era concentración, todo firmeza: ansia de trabajar para quedar, si no satisfechos, porque era imposible, al menos contentos con una mediana calificación.

¡Oh, tú, lector querido, cuán por feliz te tengo si nunca te viste en estos lances! En ellos se consume á chorretadas el fósforo de ardientes cerebros; se agitan por instantes las energías de nervios puestos en extrema tensión; se aflojan los músculos, que quedan cual cuerdas de guitarra sin clavijas; se aceleran hasta abrasar las palpitaciones del corazón, y concluyes por dar tinto, no de la que con la pluma tomas del tinturo y viertes sobre el papel, formando líneas de alterados palotes, sino de la que nace de tu piel y brota de tus tejidos, de la que sudas por los poros de tu cuerpo, como calamar guisado en su propia salsa por mano de experta maritoruna.

Así me encontraba yo. Llevaba casi vencido mi trabajo, y bastantes pliegos de papel tomados con la diestra, habían sido colocados á la mano siniestra, como lo serán los reprobos á la de Dios, completamente llenitos de letras, chicas y grandes, latinas y castellanas, subrayadas y lisas, según lo habían pedido la necesidad ó la materia ó había juzgado yo ser más propio. Respiré entonces; descansé breves momentos, porque ni el estado de mis uervios ni lo limitado del tiempo permitían otra cosa, y deseando cuanto antes dar de mano, alargué ésta y tiré del último papel *tribunatorio*: era el párrafo de latín para verterlo al castellano.

Ad baptismum celebrandum præter quid nihil aliud necessarium est....

La materia, por tanto, no era difícil; se reducía á traducir algo de lo necesario para celebrar el Bautismo; pero aquella sentencia seca, aquel *quid* esgustativo y absoluto, en el cual se encerraban todas las necesidades del Sacramento, por donde entramos á formar parte del reino de Cristo, me chocó en cuanto lo vi. Este *quid*, ¿era la materia? Pero á quién se le hubiera ocurrido nombrar de esta manera al agua que lo constituye. ¿Sería la forma? Mas como era posible fuerza bastante á expresar las palabras para ella necesarias ¿Sería, quizás, ambas cosas? De ninguna manera, puesto que, según mi juicio, no podía ser separadamente ninguna de las dos. ¡Entonces, me dije, será el sujeto! ¿Y dónde está, pensé, la lógica gramatical para expresar el género masculino ó femenino por medio del neutro?

Entre tanto mojaba de rato en rato la pluma propiéndome escribir, y nada: la pluma volvía á secarse sin llegar á estampar en el papel una sola palabra, y lo peor era que en estas combinaciones casi cabalísticas se agotaban mis fuerzas discursivas sin poder dar en la equivalencia del *quid*, el cual seguía impertérrito en su sitio asumiendo toda la gloria ó la responsabilidad del primero de los Sacramentos: *præter quid nihil*, fuera del *quid* nada, decía la letra; luego el *quid* lo es todo. Pero este todo, ¿qué es? ¿La forma? ¿La materia? ¿El Ministro? ¿El sujeto? ¿La Iglesia? ¿La gracia? ¿La sa? ¿El agua? ¿La concha para verterla?...

Todas estas cosas, apreciadas en cuanto eran ó significaban, fueron pasando por mi imaginación en juicio comparativo entre su acepción verdadera y la representación que pudiesen tener por medio del indeterminado *quid*, absoluto y poderoso, y todas, unas tras otra, las deeché como imposibles de ser representadas por la misteriosa palabra. Nada, estaba visto; aquello hundía mi esperanza; cortaba los vuelos de mi fantasía. Impotente para descifrarlo; venía á ser aquel *quid* horrible presentimiento, dando al traste con mis mas durados ensueños, mostrándome perdido el trabajo y gastado el tiempo. Verdadera cuchilla de guillotina caía sobre mi garganta para sofocarme, asestando mis justas aspiraciones, arrebatando de mis manos hasta la idea de un triunfo ya casi conseguido á cambio de un esfuerzo sobrehumano.

Mis compañeros, en tanto, empezaban á entregar sus trabajos. Muchos habían salido ya, y yo no había conseguido otra cosa que convertir la pluma en un garrote á fuerza de

mojarla y dejarla secar siempre esperando acertar con la traducción y viendo siempre expirar la esperanza sin jamás realizarse. Entonces, para refrescar mis ideas, me puse á leer mis trabajos. Con rapidez vertiginosa leí una tras otra las hojas en que aparecía trazado mi ejercicio; pero apenas me podía dar cuenta de lo que leía, pues mi mente, ya calenturienta, no veía en todas partes más que la indescribible palabra absorbiendo toda su atención.

No veía medio de salir airoso del atolladero; ó había de dejar incompleto mi ejercicio, renunciando á la traducción del párrafo, ó tenía necesidad de interrogar á alguno de mis compañeros y compositores para que me ayudara á calar aquel *quid*, pues yo, completamente oscurebrado, era imposible que lo hiciera solo.

Me así á esta idea como el naufrago á una tabla, y aprovechando la ocasión en que no me veían los jueces, decidí ejecutarla. Me fije entonces en uno de los ejercitantes, colocado á mi derecha, mocetón rollizo y coloradote, á quien, por tener todo el corte del maestro Sancho Panza, juzgué instruido en la ciencia *maudológica*, á la cual, sin saber por qué, me parecía debía pertenecer la palabra en cuestión, y acercándome á él, con cautela, le dije calladito:

—¿Quid, qué significa?
—Padrino, me contestó.
—¿Padrino! le repliqué asombrado; ¿pues cómo traduces tú esa sentencia?

Y rápida, pero convencionalmente, respondió:
—El que no tiene padrino no se bautiza, por eso el *quid* lo es todo.

—Pero eso, insistí yo, no está así en San Pio V?

—No—me dijo—esto lo dice un libro mucho más corriente y conocido: La Gramática Parra, de la cual está tomada á la letra la tal sentencia.

Tenía razón mi modesto amigo. Triste y cabizbajo ví la realidad imponiéndose á mis esfuerzos. Metí de cualquier manera mis escritos en el sobre y los entregué á mis jueces cual cosa insignificante y casi inútil. Después requerí mis trastos, tomé mi sombrero, y aburrido, me lancé á la calle. La sentencia, en su letra y en su espíritu, zumbaba á mis oídos como una tromba. Estaba visto: no había dado en el *quid*: aquello debí saberlo de memoria antes de empezar.

Uno.

Caridad de un Párroco.

Digna de recompensa, y desde luego de entusiasmas plácemes, es la conducta observada por el Párroco de Benijófar (Alicante), uno de los pueblos que mas han padecido con las inundaciones últimas.

Este Sacerdote ha salvado de una muerte cierta á mas de veinticinco personas, con grave exposición de su vida.

Ha entregado todos sus modestísimos ahorros para los damnificados, y á gran número de los que se han quedado sin albergue los ha llevado á su casa, donde viven desde el día en que la inundación hizo los primeros estragos.

Cuando los hombres de animo mas templado hufan aterrizados por salvarse, abandonándolo todo, el caritativo Sacerdote realizaba heroicas empresas de salvamento.

EL MATRIMONIO CIVIL

Francamente; contratar delante del Alcalde las mutuas afecciones á los mutuos afectos; reducir el acto más solemne de la vida á la simple formalidad de un convenio; fundar la familia como se funda una sociedad de crédito; abrir la casa como una empresa abre un teatro, es, cuando menos, declarar que la bella mitad del género humano no tiene ya nada de que avergonzarse.

El poder era otra tiranía. La mujer, presa en las redes de la honestidad, siente allí, en el fondo de su alma, un secreto impulso que la hostiga; una dulce necesidad de amar y ser amada.

Un día se encuentra con que la imagen

de un hombre se le ha grabado en el corazón, y el orgullo de su ternura le hace creer que solamente Dios puede ser testigo eficaz de la fe de su cariño.

Esta mujer se casa. Hay otra que, rompiendo todas las ligaduras del decoro, experimenta la inquietud de tumultuosos apetitos, y lanzándose á la mudable seducción de los deseos, hace al mundo testigo de sus ominosos placeres.

Esta mujer se vende. Entre una y otra no había término medio como no lo hay entre la virtud y el vicio; mas era preciso establecerlo para que la armonía social se verificara en todas sus partes, y el poder legislativo crea la mujer intermedia entre esas dos mujeres; ser original que se casa según la ley, y se prostituye según la razón; que adquiere una actitud extrínsecamente legal, que es, al mismo tiempo, claramente inmoral, que no es ni esposa ni manceba; que á la vez se despoja de la honestidad, de la virtud y de la vergüenza del vicio.

Esta mujer no quiere vivir sola, y busca la compañía de un hombre; la encuentra, y hace al Alcalde testigo de su unión, y la Autoridad municipal le da permiso para tener hijos.

Esta mujer se alquila. Para la mujer que se casa, el marido es su guía, su protección, su amparo, la inteligencia que dirige, la fuerza que contiene.

Para la mujer que se vende, los hombres no son más que parroquianos. Para la mujer que se alquila, el hombre es pura y simplemente inquilino.

En el primer caso el hombre y la mujer se unen.

En el segundo, se tropiezan.

En el tercer caso, se juntan. Puesto el escalón del contrato entre las alturas del Sacramento matrimonial y las profundidades de la prostitución, la mujer puede descender más cómodamente de la elevación de un amor santo al abismo del vicio libre.

Si conseguimos que prescinda de Dios para casarse, muy poco trabajo puede costarle después prescindir del Alcalde para perderse.

Y á la mujer perdida es precisamente á la que buscamos como tipo completo y perfecto de la mujer verdaderamente emancipada; sin vínculos con la naturaleza, sin ligaduras de la religión, sin los duros grillos de la moral, sin el freno del pudor, sin la cadena de la familia; emancipada del hombre, emancipada del amor, que es su vida, hasta emancipada de sí misma.

La Venus moderna, elevada sobre el altar de su hermosura, recibiendo el culto del deleite y negociando ante el Alcalde el tesoro de sus encantos.

Diosa que se vende para ser adorada; mujer que se alquila para ser madre.

José Selgas.

Hombres célebres y el Rosario.

«He leído la historia de Gluck—dice un escritor—de Gluck, el Miguel Angel de la música, al decir de Burney, á quien debemos obras líricas magistrales, y por ella me consta que rezaba el Rosario; y cuando la muerte le hirió con una apoplejía fulminante, se observó que tenía en las manos unos Rosarios. Llamaba él al Rosario el *Breviario* del músico, y siempre lo rezó. He leído la historia de Haydn, uno de los mejores músicos del mundo, y por ella sé que rezaba el Rosario y decía: «Cuando rezo el Rosario acuden con tanta abundancia las inspiraciones que no tengo tiempo á escribirlas.»

También yo he leído la historia de Rafael de Riego. He leído su vida; he leído su muerte. Su vida fué de un gran revolucionario; todavía lo recuerdan las ediciones notas de su *Himno*, que todos saben. Pero, á pesar de todo, como él mismo dijo al morir, rezaba todos los días el Rosario que había aprendido en el regazo de su madre, y que con ella, cuando niño, diariamente en la Capilla del Rosario de Santo Domingo de